

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XIII. — NÚM. 641

Madrid, 12 de Mayo de 1932

PRECIO: 15 CÉNTS.

UNIDAD CRISTIANA

No ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos; para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa: para que el mundo crea que tú me enviaste.» (San Juan, XVII, 20 y 21.)

Que Cristo manifiesta en estas palabras, que dirige a su Padre, el deseo de que haya unidad entre los suyos, es una de esas verdades que no necesitan demostración. Pero es conveniente observar que su deseo es, no que sean una cosa de cualquier modo o en cualesquiera forma, sino como el Padre y Él mismo eran una cosa. Es decir, no una cosa en apariencia, no una cosa en el orden físico, o en el intelectual, o en el social, o en el eclesiástico, sino una cosa en esencia, en vida, en naturaleza, en inclinaciones y en aspiración íntima. «Para que todos sean una cosa, como tú, oh Padre, en mí y yo en ti.»

Hay quienes, fijándose en la letra, que mata, y no en el espíritu, que vivifica, dan a las palabras de Cristo un sentido que ellas no tienen, confundiendo la unidad que Cristo desea, con la uniformidad o con la fusión.

Pero Cristo no pide uniformidad, porque ruega al Padre que los discípulos sean «una cosa», pero no de cualquier modo, sino como Él y el Padre son una cosa. Ahora bien, ¿había entre el Padre y el Hijo uniformidad? No. La misma Trinidad de Personas en la unidad de Dios es una demostración de ello, que hace innecesaria otra prueba. Pues si dentro de la unidad de Dios no había uniformidad, ¿cómo iba a haberla entre los discípulos, cuando la unidad entre éstos debía ser algo semejante a la que existía entre el Padre y el Hijo? Cristo ni pidió ni podía pedir, por tanto, que hubiera entre los discípulos una uniformidad que ni existía en su naturaleza, ni en la naturaleza de sus relaciones con el Padre.

Mucho menos pide Cristo fusión, ni amalgama. Pide unidad positiva, no amalgama de elementos que, aparentemente iguales, son distintos en el fondo.

Por tres veces dice Jesús cómo ha de ser esa unidad que desea haya entre los suyos: «Una cosa, como también nosotros», «Una cosa como tú en mí y yo en ti», «Una cosa como también nosotros so-

mos una cosa». ¿Cómo eran los dos, el Padre y el Hijo, una cosa? La inteligencia humana no puede penetrar este misterio; pero es indudable que se trata de una unidad esencial. *Unidad de vida*: los dos tenían una vida eterna y espiritual; desde la eternidad eran una cosa respecto a tal vida; ambos eran fuente de vida eterna. «Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dió al Hijo que tuviese vida en sí mismo... para que dé vida eterna.»

Unidad de naturaleza: los dos eran omnipotentes; omnipresentes, omniscientes; los dos tenían amor infinito y justicia perfecta. Cristo era la misma «imagen de su substancia».

Unidad de obra: Dios no tiene aspiraciones mundanas; Cristo no tiene aspiraciones mundanas; la obra del Padre y del Hijo es la misma: la redención del hombre. «Mi comida — decía Cristo — es hacer la voluntad del que me envió y que acabe su obra.» Y cuál era esta obra lo decía Él mismo al declarar «que el Hijo del hombre había venido a buscar y salvar lo que se había perdido».

Y unidad de gloria: aquella gloria que tuvo cerca del Padre antes que el mundo fuese.

Esto es lo esencial de la unidad entre el Padre y el Hijo, y esa unidad es la que Cristo pide que haya entre sus discípulos y Dios y entre sus discípulos mutuamente. «Que todos sean una cosa, como tú en mí y yo en ti.» Esta es la unidad entre los discípulos. «Que también ellos sean en nosotros una cosa». Esta es la unidad entre los discípulos y Dios.

Viene bien ahora la pregunta de Nicodemo: «¿Cómo puede esto hacerse?» Bien sencillamente, si entendemos las palabras de Cristo. Él dice al Padre: «Ruego por los que han de creer... para que todos sean una cosa». De aquí se deduce con toda claridad que la condición indispensable para ello es creer en Cristo; porque de esta fe resultarán natural y necesariamente detalles que recordarán su unidad con la Divinidad y la divinidad de Cristo.

Por la fe recibirán la vida eterna, que les hará uno con el Padre y el Hijo. «Yo en ellos», dice Jesús. Cuando Cristo infunde su vida en el creyente, éste ya está en Él; el poseedor de esta vida es ya hecho uno con Cristo, y le incumbe ponerla

de manifiesto a medida que lo vaya recibiendo.

Por la fe serán hechos participantes de la naturaleza divina, con lo cual quedará demostrada su unidad con Dios. Es verdad que el creyente no puede dar pruebas de esa naturaleza en lo que toca a omnipotencia, omnisciencia y otros atributos de Dios, pero sí puede darlas con su amor, con su santidad, con su aborrecimiento del pecado, con su justicia y equidad.

Por la fe tendrán las mismas aspiraciones y propósitos que el Padre y el Hijo, para evidenciar ante el mundo incrédulo que viven en comunión con Ellos, mostrando tal celo por la salvación que, si preciso fuera, darían su vida por obtenerla. El martirio de tantos cristianos primitivos, ¿no es una de las mejores pruebas de lo divino del Cristianismo y de la divinidad del que les inspiraba el amor y el valor demostrados en el suplicio?

Todo esto es lo que se necesita en el hombre para que el gran deseo de Cristo, el ideal de la unidad sea un hecho. Realizado todo ello en los individuos, viene como consecuencia la unidad entre los mismos. Sólo de este modo será posible la unidad; de lo contrario, será inútil clamar por ella, será inútil cuanto se haga por establecerla.

¿Y cuál era el fin u objeto de la petición que Cristo hacía al Padre? Él mismo lo dice: «Para que el mundo crea que Tú me enviaste». «Para que el mundo conozca que los has amado.»

Hay pruebas mil de hombres que han llegado a creer en Cristo, y en Cristo como Hijo de Dios, por la palabra y el ejemplo de otros que la reflejaban muy bien en sus dichos y en sus actos la imagen de Cristo, y ya sabemos que Cristo es la imagen del Padre. En cambio, ¿cuántos han llegado a poseer esa fe por exterioridades y supersticiones que se practican y no se sienten? ¿Cuántos han llegado a poseer esa fe por la palabra y el ejemplo de aquellos que se llaman cristianos, y ni sienten a Cristo en su corazón ni le manifiestan en sus vidas? ¿Cuántos han llegado a poseer esa fe por la unidad de aquellos que, aparentando tenerla, llenan su corazón de divisiones y envidias? El mundo jamás llegará a conocer a Cristo por medio del engaño, de las apariencias, de la ficción de una unidad que realmen-

te no existe; pero si llegará por la unidad del hombre con el Padre, que es lo que Cristo pide.

Pero el objeto de esa unión íntima entre Dios y los creyentes, que Cristo pide y desea, es no sólo para que el mundo le conozca a Él, sino también el amor que Dios les tiene. Entre el Padre y el Hijo no había ningún impedimento: el Padre y el Hijo eran una misma cosa. Del mismo modo la unidad entre el creyente y Dios llenará al creyente y al mundo del conocimiento del infinito amor de Dios.

Así sea.

FERNANDO CABRERA.

EL TIEMPO

Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría. — SALMO 90, 12.

El tiempo es la riqueza del cristiano, y el tiempo es su miseria; el tiempo es la tierra y el tiempo es el cielo, puesto que puede darlo. Obstáculo y medio a la vez, es por excelencia la espada de dos filos; impotente por sí mismo y el más poderoso de los auxiliares, nada se hace ni por él ni sin él.

MADAME SWETCHINE.

AUNQUE nada es tan real y aparentemente definido para el común de los mortales, no sucede así con los filósofos y hombres de ciencia cuando discurren acerca del tiempo, llegando algunos a negar su existencia. Pero poco importa lo que acerca de él se diga; lo innegable es que tanto el sabio como el ignorante tienen que afrontarse con algo real o imaginario, concreto o abstracto, natural o convencional, que se ha dado en llamar tiempo.

Sería curioso averiguar las diversas explicaciones que se han dado acerca de la idea del tiempo. Un léxico castellano lo define así: «Duración limitada, por oposición a la eternidad. Divídese comúnmente en presente, pretérito y futuro». Y un conocido filósofo español, Jaime Balmes, entre otras cosas, dice: «El tiempo es la sucesión, el orden del ser o no ser o de las mudanzas. La idea del tiempo es la percepción de dicha sucesión u orden. El tiempo no es nada absoluto que exista o pueda existir separado de las cosas; una duración sin algo que dure, un orden de mudanzas sin algo que se mude, son ideas generales que sólo pueden concebirse por abstracción. El tiempo está realmente en las cosas, pues que siendo la sucesión de las mismas, no puede menos de ser real cuando ellas se suceden realmente. Si no hay mudanzas, no hay tiempo; el que concebimos antes y después de la existencia del mundo, es un vano juego de la fantasía». (*Filosofía Elemental, Ideología Pura*, cap. XII.)

Dejando a un lado las especulaciones metafísicas, consideremos su valor práctico para el individuo y la sociedad.

El tiempo es un factor tan indispensable para el crecimiento de una planta como para la formación de un pueblo, ya para el perfeccionamiento de un alma, ya para la evolución de un sistema sideral. Todas las grandes obras han necesitado de él para su génesis y cabal terminación. Por eso, muy sabiamente se dice: «Tiempo requieren las cosas». Las estructuras más sólidas y los monumentos más bellos han requerido el concurso del tiempo para lograr la grandeza que, merecidamente, provoca la admiración de las personas sensatas.

Franklin, el filósofo del sentido común, afirma que el tiempo es la tela o substancia de que se hace la vida. Y este concepto vital del tiempo lo corrobora elocuentemente el insigne pensador portorriqueño Eugenio María de Hostos quien, discutiendo acerca de la moral y literatura, escribe en su libro *Moral Social*: «El tiempo es vida, y consumir el tiempo en no hacer lo que se debe, es consumir inútilmente la existencia. Tanto y tan hondamente sienten esa verdad todos los ociosos, que se mueren vivos del tedio de no saber vivir. Por eso se mueren de fastidio de sí mismos los lectores consuetudinarios de novelas, para quienes el tiempo por emplear es siempre una incógnita y el tiempo empleado un perpetuo acusador».

De paso diremos que para nosotros, los portorriqueños, fué una máxima revolucionaria el muy conocido dicho de los norteamericanos: «El tiempo es dinero». Y, sin embargo, uno de los nuestros había ido más lejos y profundamente que ellos, afirmando categóricamente: «El tiempo es vida».

El salmista hebreo, encarándose con el Eterno y juzgando el tiempo como un instrumento u ocasión para realizar el bien de las criaturas, exclamó: «Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría».

El valor del tiempo, como el de las demás cosas, no está en sí mismo, sino en el modo de emplearlo. Una larga vida no representa nada si no ha contribuido a hacer más feliz y noble al género humano. En cambio, la breve vida de Jesús ha sido la mayor bendición que ha recibido el mundo. El genial pensador cubano Dr. Luis Alonso, escribe: «El valor de la vida no se mide por el almanaque, sino por el motivo del que la vive y la trascendencia de cada hecho que realizamos». La importancia del tiempo no está, pues, en su duración, sino en el uso que de él hagamos. Pero mientras uno lo usa para su propio bien y el ajeno, otro hace todo lo contrario. De ahí la necesidad de buscar y obtener la dirección de Aquél que fué, es y será, a fin de que nos enseñe a emplearlo de tal manera «que traigamos al corazón sabiduría».

El tiempo es un don divino; usémoslo agradando al Supremo Donador.

El tiempo es una responsabilidad social; usémoslo en bien de nuestro prójimo.

El tiempo es la antesala de la eternidad, a la cual se penetra por el vestíbulo de la muerte. El ladrón penitente aprovecha un momento de arrepentimiento y de confianza, y así convierte su patíbulo en una cuna, pasando de las tinieblas del tiempo a la luz de la eternidad.

El tiempo sin Dios es el infierno; con Dios, el cielo.

El tiempo con Cristo es un traje de gala; sin Él, una mortaja. ¿Hemos de pasar este año bajo las sombras de la muerte o a la luz de la vida?

Vivamos el tiempo como quisiéramos vivir la eternidad.

ABELARDO M. DÍAZ MORALES.

REVELACIÓN

Dios se ha revelado, no por documentos escritos, sino por acciones, por medio de su trato con el pueblo hebreo.

La acción solamente puede expresar el carácter de una manera adecuada, y es el carácter de Dios lo que más necesitamos conocer y lo que Él precisamente desea manifestar. Como Dios deseara hacerse conocer perfectamente, el único modo como podía hacerlo era aproximándose a ellos, dentro del límite del conocimiento personal, y vivir entre los hombres para que le pudieran ver tal como es, lo cual se efectuó en Cristo, y la vida y muerte de Cristo ha mostrado al mundo cómo es el carácter de Dios. Esta es, pues, la revelación que se ve a través de todos los escritos que la registran.

La revelación debe llevarse hasta la vida íntima y verificarse en la experiencia. Así lo declara el apóstol Pablo: «Plugo a Dios revelar a su Hijo en mí». (Gálatas, 1, 16.) «Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones para la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2.ª Cor., 4, 6.)

El agente de esta operación es el Espíritu Santo.

W. G. CLARKE

Una buena prueba.

Un famoso ateo retó a un buen cristiano a tener un debate público sobre el Cristianismo. El cristiano aceptó, pero como los argumentos que se usan en esa clase de debates son muy conocidos, quiso emplear uno nuevo. «Mire usted — dijo al ateo — vamos a intentar una nueva prueba de la veracidad de mi fe. Traiga usted aquí un centenar de personas, cuyas vidas hayan sido transformadas o mejoradas con la doctrina que usted les predica; yo por mi parte procuraré traer otro centenar». El ateo rehusó mantener el reto en esas condiciones.

ALGO SOBRE ALBERTO SCHWEITZER

No solamente en los tiempos de los apóstoles y profetas se manifestaba el poder de Dios, a través de débiles instrumentos humanos, sino que hoy mismo hay hombres y mujeres que, por haber ofrecido sus vidas incondicionalmente a su Padre Celestial, han recibido de Él fuerzas increíbles, fuerzas sobrehumanas.

Si, los hay, gracias a Dios, y entre ellos podemos citar también a Schweitzer, admirando su preciosa obra, realizada entre los negros, en Lambarene, Gabón, África occidental francesa.

Schweitzer es hoy un hombre de cincuenta y siete años, y ha nacido en Alsacia; es decir, que hasta 1918 era súbdito alemán y hoy es súbdito francés. Pero hombres como él no pertenecen exclusivamente a ninguna nación; él es mucho más que alemán, francés o suizo (la palabra Schweitzer significa suizo); es cristiano, es hijo vivo del Dios Todopoderoso y es un bienhechor de la Humanidad, pues ha puesto toda su vida, todos sus bienes y todos sus múltiples y grandes talentos al servicio de sus semejantes.

Ya como estudiante, Schweitzer daba pruebas de un poder intelectual y de una dedicación al trabajo poco comunes. Al mismo tiempo que estudiaba Teología, se preparaba para optar al título de doctor en Filosofía y se perfeccionaba en la música, recibiendo lecciones de órgano de los mejores profesores de París y Berlín.

El mismo relata, en su autobiografía, que a veces se presentaba, de mañana, en la lección de música sin haberse acostado en toda la noche, la cual había pasado estudiando, cosa que sólo una salud envidiable como la suya podía resistir.

Cuando en 1894 tenía que hacer su servicio militar, llevaba en su mochila su Testamento griego, para seguir estudiando en sus momentos libres.

En 1898 rindió su primer examen de Teología; en 1899 se doctoró en Filosofía, siendo ordenado pastor licenciado el año siguiente, después de terminar sus estudios teológicos.

Poco después, Schweitzer fué nombrado pastor en la Iglesia de St. Nicolai, de Estrasburgo y profesor de Filosofía en la Universidad de la misma ciudad. Habiéndole insinuado uno de sus ex profesores que le parecía incompatible la predicación con el profesorado universitario, Schweitzer escribe al respecto en su biografía: «La predicación era para mí una necesidad imperiosa. Era una experiencia maravillosa poder hablar, Domingo tras Domingo, ante un auditorio recogido, sobre los últimos problemas de nuestra existencia». Y no dejó de predicar.

Ya, desde muy joven, Schweitzer se había propuesto que cuando hubiere llegado a la edad de treinta años iba a dedicar su vida, exclusiva y desinteresadamente,

al servicio de sus semejantes, aunque no sabía en qué forma iba a realizarlo. Pero como nuestro Dios tiene trabajo abundante en su viña para todos los que quieran ponerse de veras a su servicio, no tardó en mostrarle a ese su siervo adonde necesitaba de él.

Un día — como muchas otras veces — una señora amiga había colocado sobre la mesa de estudio de su pastor una revista misionera francesa. En ese número, un misionero relataba los terribles sufrimientos físicos — además de los morales — a que estaban sometidos los desgraciados negros en el África Ecuatorial, y cómo para ellos no había médicos, ni hospitales, ni medicamentos, quedando completamente abandonados muchas veces, por sus propias familias, por temor al contagio. Y agregaba el autor, que muchas de las más horribles enfermedades de los pobres negros — como las derivadas de los excesos alcohólicos y de una vida impura — habían sido llevadas al África por los blancos, por personas que llevaban el nombre de cristianos.

Desde que hubo leído esto, Schweitzer no hallaba más tranquilidad. Incesantemente veía ante sí las miserias de los infelices africanos y se propuso aliviarlos en todo cuanto pudiera, sacrificando, al efecto, no solamente todos sus bienes y su descomunal talento, sino ante todo, a sí mismo.

Tenía a la sazón, precisamente, treinta años, ocupaba una posición envidiable y tenía delante de sí un brillante porvenir, como músico, literato y filósofo. Habían sido publicadas ya varias de sus obras filosóficas y teológicas, muy leídas y ponderadas en el mundo científico, tanto, que fueron traducidas a varios idiomas. Además, iba adquiriendo fama como organista y daba regularmente conciertos en París y en Barcelona.

A pesar de todo esto, el gran hombre, impulsado por el amor a Cristo y a sus hermanos, abandonó su promisoría carrera y se sentó de nuevo en los bancos de la Universidad, junto con los más jóvenes principiantes, y empezó a estudiar Medicina.

Trabajó con un tesón y sacrificio personal admirables, pues mientras estudiaba — y él mismo confiesa que bien pronto hubo de darse cuenta que su memoria a los treinta años no trabajaba más como a los diecinueve — trabajaba sin cesar para ganar dinero, pues no sólo tenía que costearse su sustento y sus estudios, sino que por medio de sus conciertos y escritos iba juntando el capital necesario para

construir y equipar un hospital. A este capital le agregaba todo lo obtenido de la venta de un libro, que había publicado anteriormente, sobre Sebastián Bach, llamado el rey de los organistas, libro que obtuvo un gran éxito y que fué publicado en francés, inglés y alemán.

En 1913, después de varios años de ruda labor, obtuvo su título de doctor en Medicina, e inmediatamente se dispuso a partir a Lambarene, situado en África, en la colonia francesa de Gabón, cuya capital es Libreville.

Había elegido ese lugar, porque misioneros que estaban al servicio de la Sociedad Misionera Evangélica de París, le habían dicho cuánta falta hacía allí un médico. La misma Sociedad Misionera puso a su disposición una de las casas que posee en Lambarene y le otorgó permiso para edificar allí un hospital, pero no pudo darle los medios para ello. Por eso él, con su propio trabajo y la ayuda de amigos de Francia, Alemania y Suiza, había reunido todo lo necesario para su hospital proyectado y también el dinero para sostenerlo durante los dos primeros años, para lo que había calculado 15.000 francos anuales.

Una señorita, hija de una distinguida familia alsaciana, le había ayudado mucho a Schweitzer durante sus estudios, corrigiendo y copiando sus manuscritos para la imprenta. Esa misma señorita estudiaba de enfermera, mientras él estudiaba Medicina, para acompañarlo después al África, como esposa y como ayudante. Esa valiente y decidida mujer ha sido su brazo derecho en los muchos y dificultosos años que ambos han pasado en África, entre los desgraciados enfermos, víctimas, muchas veces, de enfermedades asquerosas e incurables. Ella le ha asistido en las más delicadas operaciones, que tantas veces hubo que efectuar en ambiente completamente inapropiado, sin los requisitos necesarios para tan difícil tarea.

Ella ha cuidado a su esposo cuando él mismo sucumbía bajo la pesadísima carga que llevaba sobre sus hombros y bajo el mortífero clima tan poco apropiado para el hombre blanco.

Y cuanto han hecho y siguen haciendo estos discípulos de Cristo entre los negros, sólo Dios en el cielo lo sabe y les dará su galardón. Nosotros sólo alcanzamos a ver una pequeña parte de lo hecho, pero ésta nos asombra y nos empuja ante nuestros propios ojos, induciéndonos a glorificar a nuestro Padre Celestial, quien da poder a los débiles y nuevas fuerzas a los que en Él confían.

Sobre las teorías teológicas y filosóficas de Alberto Schweitzer, las opiniones pueden ser múltiples, ya en pro, ya en contra. Sobre su vida de abnegación y de sacrificio, puede haber una sola opinión, la de nuestro Gran Maestro: «Por sus frutos los conoceréis».

ALBINA KEHR DE WIRTH.

(De El Mensajero Valdense, de Uruguay).

Cuando haya leído este periódico, no lo tire; envíelo a algún conocido.

ESPAÑA EVANGÉLICA

SEMANARIO PROTESTANTE

Precios de suscripción.

España y Portugal: Un año	8 pesetas.
Seis meses	4 »
Extranjero: Un año	15 »
» Seis meses	8 »
América: Un año	1,50 dólar oro.
» Seis meses	0,75 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:

España	Por ejemplar al año	6 pesetas.
Extranjero	»	12 »
América	»	1 dólar oro.

Paquetes de 51 ejemplares en adelante:

España	Por ejemplar al año	5 pesetas.
------------------	-------------------------------	------------

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID (4)

TELÉFONO 33.590

CRÓNICA

La Cruz, en el corazón.

CON motivo de la reciente fiesta católica de la *cruz* y de la Ascensión, se vieron por las calles de Barcelona a muchas damas y damitas beatas luciendo sobre el vestido cruces de todos los tamaños y estilos. Por lo visto es la moda, y sin duda es el desahogo de los despechados clericales por el acuerdo del nuevo régimen que, como *laico* (no antirreligioso, sino neutral), ha tenido que tomar de suprimir el crucifijo en escuelas y dependencias oficiales.

Está bien, que no hemos de reñir por una alhaja más o menos a quienes tanto gustan de ostentarlas a docenas, en contraste bien visible con la modestia cristiana; pero permitánnos los señores y señoras de sacristía les digamos que ya con eso se pierde el derecho de quejarse de la República que tanto atacan por la mencionada supresión del crucifijo, ya que les consiente lucir por las calles a millares las cruces que en número bastante menor han quitado de locales cerrados; de modo que al fin tendrán que mostrarse agradecidos a los *impíos* republicanos, que tan buena ocasión les ofrecen para ostentar su acendrado catolicismo callejero.

Pero ¿qué dirá el Cristo de la cruz? Porque esto es lo importante para quien tiene fe y religión verdad. Y Cristo ya lo ha dicho bien claro: «Este pueblo con los labios (no con medallitas o crucecitas vistosas sobre el exterior del pecho) me honra, pero su corazón está lejos de mí», y luego: «Si alguno quiere venir en pos de mí, *niéguese a sí mismo* (huyendo de toda vana ostentación y tome su cruz, no la

que se compra en los beaterios, sino la que a cada uno el Señor envía: la de las pruebas, la de la abnegación, la del amor a todos) y sigame...»

En resumen: la República española, al suprimir cristos y cruces y símbolos religiosos exteriores de locales oficiales, ha dado al catolicismo español una lección de evangelio puro, que es como si les dijera a los de esa iglesia: Mirad, dejad de exterioridades que a nada conducen y que pueden irritar en cambio a los que no las admiten, provocando irreverencias y profanaciones, y llevad a vuestro Cristo en el corazón, que es donde quiere estar y donde os conviene que esté para que os dirija y os haga aptos para el bien y el amor que Él predicó.

Y al fin, estamos seguros de ello, tendrán que recoger todos la lección cuando vean, como ya se va viendo, que nadie hace caso de esas vanas ostentaciones y que lo único que vale ante el respeto ajeno es la religión sincera y del alma, que se manifiesta solamente en el amor y en el servicio.

El tópico de la persecución.

No lo abandonan los clericales así como así. Se conoce que da su juego entre los *cándidos* y los *cucos*, que son las dos únicas clases con que opera la reacción católica. Y venga o no a cuento ahí van obispos y clérigos de sotana o de levita manejando el latiguillo de la «persecución republicana» para que sigan los incautos y los vivos en la textura que a la iglesia conviene, por miras que no son santas ni desinteresadas precisamente.

El buen obispo de Barcelona nos sale en estos días con una pastoral sobre el «mes de María», y toda ella la endereza a excitar a sus fieles a que vayan a María para que cese «esta persecución satánica desencadenada contra la Santa Iglesia en nuestra Patria...», confiando todos en que al fin María, «la abanderada de Cristo-Rey, atraerá en torno suyo a todos los buenos, unidos en apretado haz, *persuadiéndoles a que subordinen a la causa católica* todos los demás ideales secundarios, por legítimos que sean. Y... triunfaremos porque María es la torre inexpugnable de David, coronada de almenas, donde están colgados dos mil escudos y todas las armas fuertes; es *terrible* como un ejército dispuesto en batalla», etc., etc.

¡Eh! ¿Qué tal? Ahí está María la dulce, la humilde, la modesta María, esclava del Señor, la «Reina de las flores» que son aroma, paz y amor, convertida en *fiera capitana* que llamará y llevará a los devotos a la guerra y al exterminio y a la muerte a toda suerte de enemigos (entre los que cuenta también el Dr. Irurita a los protestantes de modo especial).

¡Qué sarcasmo! ¡Qué horrible contraste! Hablar en primavera, en el risueño Mayo y, a propósito de la excelsa Virgen de Nazaret, de guerra, de odios, de lucha entre hermanos. ¿Puede concebirse más absurdo anacronismo?

Por supuesto, que así son nuestros impenitentes reaccionarios. Mucho hablar de orden, de paz, de respeto a la autoridad y... en cuanto les viene un poco la contraria (porque se les merma un poquito el privilegio, en modo alguno la libertad), ya están furiosos, invitando a la protesta airada y hablan en periódicos y mítines y hasta en púlpitos de llevar en una mano el rosario y en otra la espada o la pistola, como decía no ha mucho, en la sala Mozart, un aristócrata conferenciante, y hasta llegar a favorecer y estimular el pistolerismo, como se va viendo en las indagaciones judiciales de ese escandaloso complot contra las más altas autoridades de la República.

Y nótese que en las llamadas derechas, porque se creen los únicos defensores del orden y de la autoridad constituida, cualquiera desviación en este sentido es doblemente grave y vituperable; primero, por alardear tanto de amor a los principios religiosos, que condenan todo intento de desorden, y segundo, por su condición social elevada, que les debiera mantener mejor en equilibrio y serenidad, por aquello de que «los duelos con pan son menos».

Pero ya se ve que para esos señores una cosa es predicar y otra más distinta es obrar. Si todo les va bien en sus afanes de dominar, que nadie proteste ni altere el orden, pero si cambia la situación y ellos no pueden mandar, ¡ah!, entonces el desorden, la guerra civil, el caos es lícito, que para eso tienen inventada la teoría jesuita de que «el fin justifica los medios».

Ahora, que ya no va a valer más la *ley del embudo*, y aquí tenemos que estar todos cada cual en su puesto y cada palo aguantando su vela...

AGUSTÍN ARENALES.

Cosas que debemos recordar los cristianos.

- La perseverancia de Noé.
- La fe de Abraham.
- El valor de Josué.
- La fuerza de Sansón.
- La mansedumbre de Moisés.
- La humildad de David.
- La sabiduría de Salomón.
- La paciencia de Job.
- La pureza de Daniel.
- El entusiasmo de Pablo.
- El fervor de Esteban.
- El amor de Cristo.

ESTAMOS enviando por vía de propaganda este periódico a direcciones que nos han facilitado algunos de nuestros abonados.

Información Evangélica.

LA CONFERENCIA DE IGLESIAS

Convocada por la Alianza Evangélica Española se celebró en Madrid, en los días 3 y 4 del actual, la Conferencia de Iglesias evangélicas. Las sesiones se celebraron en el Salón de Sinodos de la Iglesia de la calle de Beneficencia; asistiendo a ellas los siguientes señores: de la Iglesia Evangélica Española: D. José Capó y D. Samuel H. G. Saunders, de Barcelona; D. Elías B. Marqués, de San Sebastián; D. Claudio Gutiérrez Marin, de Málaga; D. José García Fernández, de Granada; y D. Enrique Lindegaard, D. Elías Araujo, D. Teodoro, D. Jorge y D. Juan Flidner, de Madrid. De la Iglesia Española Reformada: D. Daniel Regaliza, de Valencia; D. Manuel Borobia, de Valladolid, y don Fernando Cabrera, de Madrid. De las Iglesias Bautistas: D. Ambrosio Celma, de Barcelona; y D. Zacarías Carles, D. Francisco Fernández y D. Ceferino Rodríguez, de Madrid. De la Misión Evangélica Española: D. Miguel Aguilera y D. David Sholin, de Valdepeñas; y D. Sebastián Villar, de Navas de San Juan. De los «Hermanos»: don Juan Mitchell, de Málaga; D. Manuel Martínez, de Linares; D. Samuel Payne, de Barcelona; D. Federico Gray, de Valladolid; D. Cristóbal Cambridge, de Antequera; D. Jaime Holmes, de Cortes de la Frontera; D. Ernesto Trenchard, de Arenas de San Pedro; D. Reinaldo Barnes, de Águilas; D. Roberto Goddard, de Bargeles; y D. Tomás Rhodes y D. Arturo Chappell, de Madrid; y de la Misión Pentecostal: D. Sven Johansson, de Madrid. Asistieron también a algunas de las sesiones, y por invitación especial, el Dr. Paúl, de Belfast, que se encontraba de paso en Madrid, y D. Julián Saco, D. Adolfo y D. Carlos Araujo, secretario y vocales del Comité de la Alianza.

En las sesiones se consideraron todos los asuntos referentes al proyecto de Ley de confesiones y congregaciones religiosas, que va a presentarse a las Cortes Constituyentes. Todos los asuntos se trataron con elevación de miras y con la mayor cordialidad y amor, llegándose a conclusiones de verdadera importancia.

Después de discutirse ampliamente varias proposiciones encaminadas a dar unidad a todas las fuerzas del cristianismo evangélico, en España, en las relaciones que la nueva ley haya de establecer con los Poderes públicos, se manifestó, con unanimidad admirable, la tendencia a agruparlas bajo el nombre, no meramente de Federación, como algunos pensaron en un principio, sino de Iglesia, que se designará con el título de IGLESIA EVANGÉLICA DE ESPAÑA.

La Conferencia, en votación secreta, eligió cinco personas para que constitu-

yan el Comité ejecutivo (*provisional*) de la IGLESIA EVANGÉLICA DE ESPAÑA. Según el número de votos obtenidos, resultaron elegidos para formar dicho Comité: D. Fernando Cabrera, D. Ambrosio Celma, D. Adolfo Araujo, D. Enrique Lindegaard y D. José Capó; siguiendo en número de votos alcanzados, y quedando como suplentes, para caso de necesidad, D. Tomás Rhodes y D. Teodoro Flidner.

La Alianza Evangélica obsequió a los concurrentes a la Conferencia con un espléndido té, que se sirvió en una de las salas de la morada de los señores Flidner, pasándose un par de horas de agradable fraternidad. Al final de la fiesta se firmó, por la casi totalidad de los miembros de la Conferencia, un importante documento.

La reunión de oración unida que se celebró el pasado jueves en la Iglesia de la calle de Trafalgar, revistió extraordinaria importancia. Hicieron uso de la palabra los señores Marqués y Celma, y elevaron al Señor las oraciones pastores de Madrid y de fuera. El local estuvo completamente lleno de hermanos de las diferentes congregaciones de la capital. Fué un digno remate de la Conferencia.

Sabemos que el Comité ejecutivo de la IGLESIA EVANGÉLICA DE ESPAÑA ha empezado ya los trabajos preliminares de la importante labor que le ha sido confiada.

ESPAÑA

Culto de Pentecostés.

En la Iglesia de Jesús (Calatrava, 27, Madrid) se celebrará el Domingo próximo, día de Pentecostés, a las once de la mañana, un solemne culto de Confirmación y Comunión.

Un caudillo del Protestantismo español: Juan B. Cabrera.

Sobre este tema dió el sábado una conferencia en la Casa de la República don Adolfo Araujo ante una numerosa concurrencia.

Reseñó la vida y los trabajos del primer obispo de la Iglesia Reformada don Juan Bautista Cabrera, que edificó en la calle de Beneficencia el hermoso templo evangélico.

Lo describió como hombre, como propagandista, como teólogo y eclesiástico, como predicador, como poeta (leyendo algunas preciosas composiciones suyas) y como hombre liberal y temperamento protestante. La gloriosa figura evangélica revivió al conjuro de los recuerdos que el orador evocó, y los oyentes quedaron muy complacidos, igualmente por las alusiones a la realidad religiosa actual que surgían de la memoria de lo pasado.

Mitines de propaganda.

Organizados por el Comité de Propaganda Evangélica se han celebrado, el Domingo último, dos mitines de mucha importancia. El primero tuvo lugar por la mañana, en el Teatro Ildefonso, de Linares, con una asistencia de unas 2.000 personas, y en el cual hicieron uso de la palabra D. Sebastián Villar, D. Adolfo Araujo y D. Miguel Aguilera. Y por la tarde se celebró otro mitin en la plaza de Sabote, en el que hicieron uso de la palabra don Adolfo Araujo, D. Félix Vacas, D. Juan Bautista García y D. Salvador González, siendo escuchados por un auditorio que no bajaría de 500 personas.

Decir que los oradores pronunciaron muy buenos discursos, que fueron escuchados con religioso silencio y que cosecharon muchos aplausos, es decir lo que se ha dicho de los muchos mitines y conferencias que van celebrados.

Y ahora, vayan dos palabras por nuestra cuenta. Son muchos los mitines que van celebrados por la región andaluza, las tierras manchegas y aun por la parte de Levante, ¿no cree el Comité de Propaganda que ya era hora de correrse por León, Asturias, Galicia y los puntos del Norte? Nos consta que hay evangélicos que desean ver extendida por sus lugares esta clase de propaganda, que hasta ahora parece circunscrita a una pequeña parte de España. Esperamos ver algo de esta propaganda en tantos y tantos sitios de España, como hasta ahora no se han tocado. Creemos que la ayuda no faltará y la bendición de Dios tampoco.

Esfuerzo Cristiano de Úbeda.

Los jóvenes de ambos sexos pertenecientes a esta S. de E. C., hace algún tiempo que veníamos celebrando algunas reuniones de evangelización en las casas que, generosa e incondicionalmente, nos ofrecían para el caso nuestros hermanos y algunos de nuestros amigos, logrando reunir un número regular de personas que oían con interés las buenas nuevas de salvación.

Estas reuniones, por lo general, solíamos celebrarlas dominicalmente; pero Dios, por su Espíritu Santo, nos hizo com-

prender, poniendo a nuestra consideración lo necesitado que está nuestro pueblo de su palabra, que Él reclamaba de nosotros algo más de una reunión semanal.

Ayudados y fortalecidos siempre por aquél que nos dice «sin Mi nada podéis hacer», hemos logrado que muchas de las personas que en pasadas reuniones oyeron el Evangelio nos cedan sus viviendas, que, por estar situadas en puntos de la ciudad donde, tal vez, no sepan nada del Evangelio, ofrecen mayor garantía para la difusión del mismo.

Ayudadas por nuestro hermano Alfonso Suárez, celebramos durante la última semana de Abril, cuatro reuniones, que fueron muy bendecidas por el Señor; un gozo inefable embargaba nuestros corazones viendo congregadas en cada una de ellas un crecido número de personas ávidas de aprender de Jesús, siendo de notar la celebrada el 1.º de Mayo, en casa de uno de nuestros compañeros y hermanos, en que un espacioso portal resultó pequeño para las personas que acudieron, teniendo que permanecer una gran parte de ellas en la puerta de la calle. Al terminar, todos llenos de entusiasmo, nos pidieron que cantásemos algunos himnos, a lo cual accedimos muy gustosos, y hubo también algunas personas que nos ofrecieron sus casas para que les hablásemos del Evangelio.

¡Hermanos jóvenes! No permanezcamos insensibles ante la necesidad de nuestros semejantes; como cristianos reclaman nuestra ayuda, pues la mies es mucha; oremos sin cesar para que el Señor despierte obreros para trabajar en Su mies, que ya empieza a dorarse anunciando la proximidad de la siega.

Gratitud.

Nuestro querido amigo D. Francisco Rubio y familia desean dar, desde nuestras columnas, las más expresivas gracias a los muchos hermanos que les han dirigido cartas muy consoladoras con motivo del fallecimiento de su esposa y madre, en la imposibilidad de contestar personalmente a todos.

Nuestra Estafeta.

E. F., Alicante. — Remitidos los dos números que le faltaban.

A. G. V., Fuentes de Ropel. — Se le han enviado los ejemplares que interesaba. Durante todo el mes actual enviaremos el periódico a cinco de las direcciones que nos envía. Estas ofertas no tienen carácter retroactivo.

E. P., Pontevedra. — Enviamos el periódico a las direcciones que nos ha dado. Le agradecemos el donativo.

Si usted encuentra en su paquete mayor número de ejemplares de los que tiene suscritos, empléelos como propaganda.



POR TIERRAS DE ZAMORA

En Benavente se ha inaugurado hace unas semanas una capilla evangélica. En esta fotografía ofrecemos a algunos hermanos de dicha localidad y pueblos cercanos.

Sección financiera.

Cuentas del Hospital Evangélico. — Recaudación del mes de Febrero de 1932.

Madrid. — F. Orejon, 2,50 pesetas; G. Pastor, 2; A. Molina, 1; cepillo de la Iglesia del Salvador, 14,35; J. Romero y señora, 2; M. Roches, 25; A. de la C., 3; F. López, 2; J. Saguar, 5; Iglesia de Chamberí, 60; E. Suárez, 1; F. Cortadellas, 2; anónimo, Chamberí, 25; señores Rhodes, 10; D. Ch., 12; V. Huelves, 0,25; C. y D. Reverte, 2; A. Araujo y señora, 5; C. A. García y señora, 3; A. Barranco, 1; J. Moreno, 1; M. Martínán, 0,50; S. Tranco, 1; E. Loewe, 2; A. Guera, 1; T. Díez y esposo, 5.

Puerto Real. — J. Labrador, 50.

Bilbao. — Iglesia Evangélica por conducto del Rdo. Mangado, 50.

Águilas. — Escuela Dominical, 25.

Algódor. — L. Ruano, 3.

Cartagena. — J. Crespo y señora, 3,50; M. Quevedo, 1,50.

Mocejón. — Q. Ortega, 25.

Gibraltar. — J. Torres, 5; H. W. Muir, 10.

Muchas gracias a todos los donantes.

RESUMEN

Total de lo recaudado en el mes 361,60

Existencia del mes anterior. 1.202,11

TOTAL. 1.563,71

Total de lo gastado en el mes 270,25

Existencia actual en Caja 1.293,46

Madrid, 29 de Febrero de 1932. — Enrique Lindgaard.

CAMPANAS



DE BRONCE, ejecución de perfección artística de la mayor pureza, plenitud de sonido y resonancia.

CAMPANARIOS y APARATOS para tocar las campanas
Petit y Herm. Edelbrock
Gescher (Westfalia)
ALEMANIA
Fundada en 1690.

Se buscan representantes.

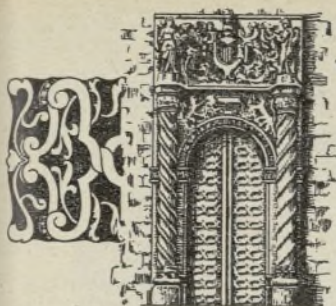
La universalidad del idioma español.

Véase los países que hablan en castellano, con el número de sus habitantes y la extensión territorial que a cada uno de esos países corresponde:

PAÍSES	Habitantes.	Territorio. K. cuads.
1 España	23.500.000	505.000
2 Méjico. . . .	16.500.000	2.000.000
3 Filipinas. . . .	12.000.000	375.000
4 Argentina . . .	11.000.000	2.850.000
5 Colombia . . .	7.500.000	1.250.000
6 Perú	5.500.000	1.800.000
7 Chile	4.750.000	800.000
8 Cuba	3.500.000	125.000
9 Venezuela. . .	3.500.000	1.100.000
10 Bolivia	3.000.000	1.600.000
11 Ecuador. . . .	2.750.000	550.000
12 Puerto Rico . .	2.500.000	20.000
13 Guatemala. . .	2.500.000	120.000
14 Uruguay. . . .	2.000.000	190.000
15 Salvador. . . .	1.500.000	30.000
16 Dominicana . .	1.500.000	50.000
17 Paraguay . . .	1.100.000	475.000
18 Honduras . . .	1.100.000	120.000
19 Nicaragua . . .	850.000	130.000
20 Panamá. . . .	650.000	90.000
21 Costa Rica. . .	600.000	52.000
TOTALES . .	107.800.000	14.232.000

En Suiza.

Según la última estadística, los protestantes constituyen mayoría en 12 cantones; los católicos tienen mayoría en seis, y en los cuatro cantones restantes el número de protestantes y de católicos están en la misma proporción.



MEMORIAS DE UN PROTESTANTE

POR
ANTONIO VALLESPINOSA



(Continuación.)

La otra revolución de que voy a hablar se originó en la plaza de Gracia, en ocasión en que iba a celebrarse el sorteo de quintas. El pueblo, que lo detestaba, reunióse en gran número en la plaza, frente a la Casa de la Villa, y allí desgarró las listas que estaban puestas afuera, penetró en las habitaciones interiores, echó todos los libros y papeles a la calle, pegándoles fuego a los gritos de ¡abajo las quintas!

Hicieronse barricadas por todas las entradas de la población. Arrancáronse los bancos y cortáronse los árboles del paseo de Gracia, con lo cual se formaron siete barricadas a la entrada de la calle Mayor.

El general de Barcelona, que ya tenía noticia de ello, no tomó providencias por el momento; y los de dentro, echándolo a cobardía, se envalentonaron y continuaron su obra.

La población obrera de Barcelona, en vista de lo que acontecía, y viendo que había oportunidad de sublevarse, comenzó por derribar los puestos de frutas y los de los carniceros de la plaza del Padró, formando barricadas en aquellas bocacalles y extendiéndose de allí a otros puntos de la ciudad, en tanto que el general concentraba tropas en la Rambla, de cuyas entradas había tomado ya posesión, aunque sin atacar.

En Gracia continuaban fortificándose, y a juzgar por los que de allí llegaban, parecía que había sido convertida en una Sebastopol. Divisábanse con anteojos a lo último del paseo y a la entrada de aquella villa las barricadas, una tras otra, que atontaban al general, que no sabía cómo emprender el ataque.

Por otra parte, llegaban noticias de los contornos de Barcelona notificando que todos estaban sobre las armas. Los de San Martín de Provensals habían cortado la carretera y habían formado grandes fosos para impedir el paso a la tropa que se dirigía a Barcelona. En Sans se tocaba a somatén y habían desarmado ya una parte de un batallón que venía en auxilio del general, y el pueblo bajo de Barcelona hacía lo que quería. Últimamente se determinó atacar las barricadas de la ciudad, lo que no pudieron lograr hasta después de tres días, no por sus formidables defensas, sino por la mala dirección en el ataque.

En seguida atacaron a Gracia de frente con artillería e infantería. La caballería vigilaba los alrededores de Barcelona. Los fuertes que la artillería había levantado hacia el paseo de Gracia, disparaban

día y noche. A los dos días, el general pidió parlamentar para ver lo que los revolucionarios pretendían, y cesó el fuego por ambas partes. Salieron después de algunas horas dos individuos, padre e hijo, a quienes conozco, con un pañuelo blanco en la punta de un bastón, y entregaron un pliego que contenía su demanda e iba firmada por el Comité, cuyo presidente era un sastre.

No queriendo el Gobierno de la nación acceder a sus pretensiones, atacó de nuevo con la artillería y los revolucionarios con tiro de fusil. Decidióse últimamente asaltar la población por una de sus partes laterales, y al verificarlo una compañía de cazadores, encontró que las barricadas estaban vacías. Entraron en seguida otras tropas, y los revolucionarios escaparon al campo. Al registrar los bajos de la Casa de la Villa, hallaron a unos que, ignorando lo que pasaba en la población, continuaban haciendo cartuchos para proveer a los suyos. Cogidos, fueron fusilados en el acto.

Esta fué la gran revolución de Gracia, que duró ocho días y que, después de tanto tiroteo, sólo hubo unos cinco muertos y diez heridos por ambas partes. Al campanario de Gracia, que en forma de columna se levanta en medio de la plaza de Oriente, y que tocó sin cesar a rebato en aquellos días de revolución, sólo le alcanzaron dos o tres balazos, no obstante dirigirse contra él la artillería. Este campanario, si los tiros hubieran sido certeros, no existiría. En recuerdo del gran ruido que hacía el sonido de aquella campana, el Domingo después de la revolución salió un periódico semanal, en catalán y de ideas republicanas, titulado *La Campana de Gracia*.

Lo cierto es que durante los ocho días de revolución las fábricas permanecieron cerradas, causando mucha miseria a la clase obrera, que deseaba tranquilidad. Y aún más; vencida la sublevación de Barcelona, la tropa permaneció por algún tiempo en sus posiciones, tirando a todos los transeuntes. Recuerdo que al dejar el Consulado suizo para irme a mi casa, al doblar la calle del Hospital para entrar en la de Riereta Alta, donde tenía mi casa, disparó contra mí la guardia de las Capuchinas, dando la bala en la puerta de un convento que hay al lado del pasaje de Bernardino.

Los maestros de instrucción primaria en aquel tiempo de libertad, dejaron en gran número la Iglesia romana y abrazaron el espiritismo. Conoci a muchos de

ellos, y siempre que me hablaron de sus creencias, me mostré incrédulo. Diéronme libros y tratados para leer, y los leí, observando que todos los pasajes de la Biblia que hablaban del espíritu, los interpretaban a favor suyo. Esto nada sería si no creyeran en la visión de los espíritus, frase en sí contradictoria, puesto que desde el momento que es un espíritu ya es invisible. Y lo más extraño de ellos es que los tales espíritus sólo pueden verse en la obscuridad. Debo decir, sin embargo, que cuando reprobaba sus ideas me contestaban: «No queremos vencerle; venga usted a verlo, y entonces juzgará por sí mismo».

Hablando del espiritismo, una mujer me preguntó si era espiritista y la contesté que no, porque creía en el espíritu de Dios. En el curso de nuestra conversación me dijo que había visto en espíritu a San Agustín. «¿Cómo vestía?», le pregunté; y me contestó: «Con una larga bata blanca y una mitra puesta.» Esto era porque lo había visto en alguna estampa, que es tal como en ellas se pinta.

Durante el cólera en Barcelona, en 1870, murió un miembro de nuestra congregación, amigo de algunos espiritistas. Llamábase Casas, era de Tortosa y de oficio marmolista. Estaba ya para expirar, cuando su mujer vió una sombra como de gato que pasaba por encima del enfermo, y según ella era el espíritu, que anunciaba su muerte próxima. Claro es que nadie lo vió, porque se encontraba ella sola en el cuarto. Ahora bien, no obstante lo que nos asegura esa señora, yo presumo que ese espíritu no era otra cosa que su misma sombra, originándose de aquí toda su visión. Cabalmente vivía en la misma casa un maestro de escuela de los más entusiastas, y eso fué bastante para que creyera que esa visión era otra prueba de la verdad de sus creencias, en tanto me aseguró que se imprimiría para darlo a conocer al público. Eso fué bastante para acabar de convencerme de los errores del espiritismo visionario.

Pasemos ahora a hablar de unas escuelas, hasta hace poco desconocidas en España, y son las denominadas escuelas dominicales. Antes de establecerse las escuelas dominicales, el catecismo o doctrina cristiana sólo se enseñaba en las de instrucción primaria. Estas escuelas fueron iniciadas por el Rdo. Raikes, en Gloucester, en 1780. Esta institución protestante ha despertado tanto el celo de los romanistas, que en algunos puntos han hecho una propaganda admirable. Las es-

cuelas dominicales católicas de Barcelona eran muy descuidadas; mas luego que vieron que se había abierto una en mi capilla, trataron de dar impulso a las suyas y formar otras nuevas, empleando en ellas a todos los seminaristas de Barcelona.

Avergonzados los romanistas de seguir la iniciativa protestante abriendo esas escuelas, dicen que fueron fundadas en Milán por Carlos Borromeo. En efecto, ese Cardenal trató de reunir los niños y enseñarlos, pero todo se concluyó con él. Lo cierto es que al abrirse las escuelas dominicales en Barcelona no se pensó por los romanistas en seguir a Carlos Borromeo, sino en cortar la propaganda de las escuelas dominicales de los protestantes.

(Continuará.)

REVISTA DE LIBROS

Hacia Cristo. Fundamentos de la Fe Evangélica (Protestante), por CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN.

Son muchos los cristianos evangélicos que desean tener, dentro de los límites de un breve libro, el resumen de las doctrinas fundamentales de la fe evangélica. Algo que sea más amplio y jugoso que los usuales Catecismos para escuelas, sin llegar por otro lado a la extensión ni profundidad de un Tratado de Teología.

Son muchos también los pastores evangélicos que quisieran encontrar un manual de instrucción religiosa, completo y sencillo a la vez, para uso de sus clases de catecúmenos. Cada día se siente más la necesidad de que los miembros de nuestras Iglesias evangélicas adquieran un concepto definido y claro de la santísima fe, sobre la cual han de edificar sus vidas.

A estas necesidades responde con laudable acierto el libro publicado por el joven pastor de la Iglesia Evangélica de Málaga, D. Claudio Gutiérrez y Marín. Preparado a la vista de excelentes manuales extranjeros, está escrito, sin embargo, con atención constante a las condiciones especiales de nuestro pueblo y de las Iglesias evangélicas en España.

Es breve, sin omitir nada importante; sencillo, sin pecar de superficial; tan desembarazado como es posible de lenguaje teológico (tendencia moderna en esta clase de obras), pero no desprovisto de fundamentos bíblicos; todas las proposiciones van acompañadas de numerosas citas de la Escritura, que el lector debe buscar y confrontar. La división en capítulos breves y la abundancia de epígrafes, facilitan la lectura y ayudan considerablemente a obtener la visión de conjunto que el libro ofrece del vasto campo de la revelación cristiana.

La obra termina con un breve capítulo sobre «Lo que nos separa de Roma» y una

TODOS LOS DOMINGOS

Cultos en las Iglesias Evangélicas de Madrid.

A las once de la mañana:

Iglesias de las calles de Beneficencia, 18, Calatrava, 27, Noviciado, 3, Trafalgar, 34 y Tortosa, 3.

A las seis de la tarde:

Beneficencia, 18, General Lacy, 12 y Tortosa, 3.

A las ocho y media de la noche:

Noviciado, 3 y Trafalgar, 34.

«Confesión de Fe», en que se condensa la doctrina que se ha expuesto.

Un volumen de 106 páginas. Precio: 1,50 pesetas.

Puede adquirirse en casa del autor, calle de Andrés Borrego, 31, Málaga, o en la Sociedad de Publicaciones Religiosas, Flor Alta, 2 y 4, 1.º, Madrid.

Rectificación.

En la nota bibliográfica de la obra del general Mantilla, *Al Servicio de la Religión*, se deslizó una errata al hacer referencia a los precios de venta de los libros de Juan de Valdés y de F. Bettex.

El primero: *Diálogo de Doctrina Cristiana* vale 3,50 pesetas, y el segundo: *La Religión y las Ciencias Naturales*, 4 pesetas.

Donativos para los evangélicos damnificados de Santiago de Cuba.

	Pesetas.
Suma anterior.	647,80
Josefa Cabrera, Madrid	15,—
Iglesia Bautista, Murcia	11,—
D. Zacarías Carles Just.	3,—
D.ª Rosario G. de Carles.	3,—
Srta. Dámaris Carles García	1,—
Srta. Débora Carles García.	1,—
Iglesia Bautista, Madrid	86,40
R. Linares, Madrid.	2,—

SUMA. 770,20

Ofertas y demandas.

(25 céntimos línea.)

EBANISTA: se construyen muebles y portadas de todas clases y estilos, tapicería y barnizado. Dentro y fuera de la población. David Clemente. Cardenal Cisneros, 68, 2.º Madrid.

ENTRE EL AGUA Y LA SELVA VIRGEN

Relatos y reflexiones de un médico en la selva del África ecuatorial por el profesor

A. SCHWEITZER

Doctor en teología, filosofía y medicina (240 páginas y 18 grabados).

Precio: 5 pesetas.

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
Caballero de Gracia, 60. - MADRID (Central).

Sermones de Spurgeon.

Seis sermones por el gran predicador C. H. Spurgeon, sobre los temas más fundamentales del Evangelio.

El Libro vivo.

¿Para quién es el Evangelio?

Descanso para los cansados.

Tal Maestro, tales discípulos.

La serpiente de metal.

Jesucristo no puede ser burlado.

Cada sermón en un folleto de 32 páginas: **Diez céntimos.**

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933.